

como
Rosa
Pastel

OMCOURTLY



Como rosa pastel
© O. M. Courtly, 2020

Vérité editorial Group
Casa editorial de autopublicación y distribución de libros de la
República Dominicana
Av. Lincoln Esq. 27 de Febrero, Distrito Nacional, Rep. Dom.
Teléfono: 1 809 287 5520 / WhatsApp: 1 829 814 4961
info@editorialverite.com / www.editorialverite.com

Diseño de portada: Osmary Morales
Corrección: Osmary Morales
Edición & Diagramación: Osmary Morales

ISBN: 978-9945-09-239-4

omcourtly@gmail.com / www.omcourtly.com

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*A mi tío Brian, soñador y aventurero,
lleno de errores y arrepentimientos, pero
también dichoso por la vida y lleno de amor
y afecto; quien nunca dejó de tener historias
para contar y sonrisas por sacar.
Siempre te voy a llevar en mi corazón, tío.*

Índice

La Boda	9
Playa, sol y arena	35
Ni vergüenza, ni arrepentimiento.	55
Solo cuando quiera	77
A bailar	97
Condiciones.	121
Amor narcótico	143
El mejor tour	163
Bienvenida al Fariás	183
Confesiones	203
Destino o casualidad	223
Amenazas	245
Yo, tú, ellas	265
Un mundo de fantasía.	287
Entre sus manos	311
Como rosa pastel	329
Epilogo	345
Agradecimientos	347
Sobre la autora	349

Advertencia

En esta historia encontrarás algo de cliché, tal vez mucho, no lo sé, todo dependerá de tu experiencia, de tus decisiones pasadas, de las historias que has leído, de las historias que conoces. Sí, de ese cliché que nos conecta, de esas situaciones que muchos vivimos y que se repiten aunque intentemos evitar. De ese cliché que te hace decir "...a mí me pasó igual", "esto pasa tan seguido que es frustrante", "así me sentí alguna vez y para entonces no supe cómo actuar".

De ese cliché que está de moda, al fin, en el que una mujer busca remover el temor de su vida y ser libre de ser, de hablar, de hacer, de desear. Así que sí, puede que te identifiques, como puede que no, puede que encuentres algo trillado de lo que ya no quieres saber, como puede que te encante leerlo una vez más. Te encontrarás con personajes que no buscan ser perfectos, que solo quieren alzar su voz aunque aún no la sepan controlar, encontrarás personalidades irreverentes que se parezcan a ti, quizá, personajes desagradables que luego empieces a entender, personajes mal hablados, mal comportados, mal vistos... ¿pero mal para quién? Pues, solo para quien aún considere que ser lo que cada quien desee ser esté mal. La vida misma es un cliché que evoluciona, y los que nos conecta a profundidad es aquello que podemos comprender desde la vivencia misma.

¡Quedan advertidas y advertidos!



—Odio este “supuesto” color rosa pastel —reclamó Susana—, no se parece ni un poco al que elegimos, mataron el concepto —dijo al ver que el color del vestido estaba entre un rosa vómito y un magenta, nada parecido a un tono pastel—. ¡Maldición, Eugenia, mírame! Y es que de paso parezco una vaca —agregó enfurecida por cómo lucía en su traje de dama de honor. Estaba muy segura de que no se veía así la última vez que se habían hecho las pruebas de vestidos, en apenas un mes había conseguido subir de peso, era evidente por cómo se veía—. Me salta todos los rollos, qué horror, me avergüenza.

Eugenia solo mostraba una expresión de fastidio en respuesta a las quejas de su mejor amiga y dama de honor mientras que tres personas se ocupaban de ella. Un estilista con el cabello largo, lacio y amarillo pollo se encargaba de hacerle un moño de lo más encantador, lo trabajó lo suficiente como para que luciera modesto y natural, y lo consiguió, se veía grandiosa. Susana ob-

servaba el hermoso perfil de su amiga, esa que estaba a punto de dar el “sí” más importante de su vida y que para Susana era una auténtica desgracia. Lamentaba que fuera con el hombre más idiota de todos y que ella, su dama de honor, tuviera que llevar ese vestido tan desfavorable.

—¡Eugenia, ponme atención, por favor! —profirió Susana de repente, haciendo que la maquillista le dejara una raya oscura a la novia que iba desde la punta de su nariz hasta el extremo del rostro.

—¡Pero bueno, tú niña, ya deja de lloriquear que este no es tu día! —reaccionó el estilista más furioso que ella por su berrinche absurdo—. Pareces una adolescente malcriada que no puede ser madura, deja de lloriquear y empieza a aceptar que es tu culpa que hoy te veas como una vaca asquerosa —Susana cerró la boca ante ese llamado de atención y el evidente insulto. Podía decir que veintinueve años ya era estar demasiado vieja para que la estuvieran regañando, sin embargo, estaba consciente de que sí se estaba portando como una niña tonta—. Querida... —siguió hablando el estilista, esta vez a la hermosa novia—, la verdad no entiendo de dónde sacaste semejante personaje y que de paso, la pusieras como tu dama —terminó susurrando lo último.

Susana cerró los ojos por la vergüenza que sintió y antes de escuchar la reacción de su amiga, salió disparada de la habitación en busca de un poco de alcohol, o mucho alcohol, porque lo necesitaba para poder salir en público vestida así. Junto con llegar al pasillo se consiguó con una empleada del servicio del hotel.

—Chica, oye, ven.

La mucama se acercó extrañada por el aspecto que tenía la mujer que le hablaba, parecía un personaje de caricatura. Su maquillaje tenía mucho fucsia y el color del vestido era extraño. «Luce como una payasa de circo sofisticada», pensó ella.

—Sí, dígame, ¿qué necesita, señora?

—Ay, pero no me digas señora que no soy tan vieja, eh —se defendió Susana.

La mucama hizo ademán de burlarse porque ese maquillaje la hacía ver como un vejestorio, pero se retuvo cuando vio la cara de amargura que tenía y que la empeoraba todavía más. Como fuera, se trataba de una cliente del hotel y una invitada de la boda que se iba a celebrar en solo minutos en el salón principal, así que tenía que respetarla o la echarían.

—Disculpe, señorita —corrigió.

—Bueno, bueno —dijo Susana dejando pasar el evidente descaro de la mucama por burlarse—, tráeme por favor una botella de vino de la boda y una copa.

—Disculpe, señora, pero... ay disculpe... señorita —Volvió a corregir sus palabras y a Susana casi se le podía ver el humo salir de las orejas por la indignación—. Pero todas las botellas están organizadas por mesa y me pareció que estaban bastante exactas.

—Niña, yo no te estoy pidiendo un recuento de lo que hay allá abajo, tráeme una de esas botellas y punto, pero rápido que es para la novia. Ve, ve —le insistió dándole empujoncitos para que se marchara en busca del vino.

A la empleada no le quedó más opción que atender la demanda de Susana.

De pronto, en la soledad del espacio en el que estaba, Susana se vio a sí misma de frente en uno de los espejos del corredor del hotel. Se acercó más y se enfocó en detallar su silueta, se miraba con desilusión y con ganas de echarse a llorar; no pensaba que fuera a lucir así, sabía que había aumentado un poco de peso, pero su silueta siempre se había mantenido definida a pesar de su constante descontrol de peso. Era solo que la porquería de vestido que llevaba puesta era, pues eso, una porquería. Parecía otro vestido, empezó a creer que habían desechado el de la prueba y que le habían hecho ese a propósito. Se ajustaba en lugares que hacía que la leve grasa de su abdomen se le acumulara a diferentes alturas, creando así royitos.

Y lo peor era que no dejaba de pensar en que en la boda iban a estar dos de sus ex más odiados y codiciados a la vez. Quería tener un poco de acción con quien fuera, pero hasta ese punto era evidente que nada divertido iba a pasarle ese día y menos en la fiesta al anochecer. Ese cuerpo escultural de talla seis se había esfumado con el vestido. Tal vez querían opacarla, y lo peor era que lo conseguirían. Al menos su cabello en tonos castaños y rubios, y con ondas naturales, defendía un poco su presencia. Eso y su rostro eran sus mejores atributos, las curvas quedaban a lo último, pero ese día eran demasiadas las curvas, pasaron de ser atractivas a desagradables.

Estaba tan furiosa que si no fuera porque el horrible color y la tela entonaban con el resto de las damas, se lo hubiese quitado en ese momento y hubiese usado otro, cualquiera que fuera. Pero no podía hacerle eso a

su amiga, aunque se viera ridícula, aunque ni siquiera estuviera de acuerdo con esa boda en primer lugar. Ese día sería un desastre para ella, estaba segura de eso, pero tenía que asegurarse de que realmente fuera un día especial para Eugenia. No obstante, Susana no tenía idea de que las sorpresas apenas estaban por empezar.

De forma inesperada, uno de los padrinos del novio se asomó detrás de ella, su reflejo en el espejo la tomó por sorpresa. Fue una horrible aparición para sus ojos. Se trataba de Marcos, otro odioso ex, si es que lo podía llamar así, ya que fueron novios cuando apenas tenían quince. Y era un ex con el que jamás estaría dispuesta a volver, era un pedante hijo de su nada agradable madre.

—Pero, pero ¿qué es esto? —le dijo el perverso de Marcos mirándola de arriba a abajo—. Tenía otro recuerdo de tu cuerpecito mamita, pero ahora lo veo como... desfigurado —Susana entrecerró los ojos, aunque, en realidad, le fascinaba la idea de que él la viera imperfecta para espantarlo; sin embargo, pronto se dio cuenta de que no podría deshacerse tan fácil de él—. Ah, pero igual te como enterita, preciosa —Siguió él molestando y se acercó demasiado a ella.

Susana se puso en alerta, pero él rápidamente le puso las manos en la cintura con intenciones morbosas de seguir bajando y manosearla. Esa acción le provocó tanto asco que dos segundos después, el “perverso Marcos” se estaba convirtiendo en el “arañado Marcos”. Susana se volteó como si fuera una espadachín profesional y le clavó las garras que tenía por uñas en sus brazos. El hombre pegó un grito y la empujó, Susana fue a dar de espalda al espejo, tuvo que maniobrar para no caer al

suelo ni permitir que el espejo se cayera de la pared. Eso solo consiguió hacer que Susana se llenara más de ira y arremetió contra el hombre desagradable que tenía en frente, él la sujetaba y paraba sus pobres golpes con una sonrisa de suficiencia, pero en cierto momento, Susana consiguió dejarle cuatro líneas perfectas de sangre sobre la mejilla.

Ese movimiento fue un triunfo para ella y para profundizarlo, necesitaba soltar su ira:

—Maldito pervertido, hijo de puta —le dijo con satisfacción—. No eres más que una mierda de hombre igual que tu amiguito.

—¡Pero ¿qué pasa aquí?! —Escucharon ambos y se enfocaron en quien había hablado.

Anderson los miraba agitado y consternado por el escándalo que habían armado en el pasillo.

Anderson era el protagonista del día, el príncipe de la noche, el rey de Eugenia, nada más que otro idiota que Susana detestaba. Ni siquiera podía entender por qué su amiga estaba tan enamorada de él, por mucho tiempo intentó mostrarle que el hombre no era adecuado para ella, y en vez de asustarla y hacerla dudar, Eugenia terminó comprometiéndose y ahora, estaba a punto de casarse con él.

—Pues aquí la Susanita provocándome, como siempre —dijo Marcos para disminuirla mientras la observaba con ojos lascivos.

Susana, indignada, pensaba en cómo era posible que hombres así existieran. Lo único que él le provocaba era asco.

—Lo que creo es que ese empeño en perseguir a las mujeres y hacerlas sentir inferior se debe a que tienes un problema muy grave en tus pantalones —soltó Susana sin temor—. A todas estas, fíjate que no conozco a ninguna loca que haya caído con tus frases asquerosas, ¡porque es que hay que estar demente para hacerlo! —canturreó muy segura.

El idiota quedó consternado y Anderson se empezó a reír a carcajadas en reacción a las palabras de Susana, aunque rápidamente contuvo la risa al notar que Marcos lo miraba con odio.

—Escúchame bien, zorrita —le dijo Marcos a Susana, siendo más despectivo que nunca—, ya quisieras tener entre tus piernas lo que tengo en mis pantalones y...

—¿Qué? —lo interrumpió— ¡Jamás! Mi mano tiene más experiencia que tú, idiota asqueroso.

—¡Ya cállate! —le gritó Marcos y se acercó a ella con furia, la rapidez de su movimiento y la expresión de ira en su cara le pareció indicar a Susana que la golpearía. Ella quedó fría, sabía que esa era una posible consecuencia de cualquier ego de macho herido, así que se irguió a esperar lo peor, sin embargo, Anderson actuó antes y lo tomó de los brazos para evitar que hiciera una estupidez—. Suéltame que a esta perra la mato.

Susana tragó con dificultad ante eso último. Odiaba que quisieran intimidarla, odiaba a los hombres que se creían con el poder de juzgar y hacer con una mujer lo que quisieran. En el fondo, sintió algo de miedo, pero no se iba a detener, no iba a darle el gusto, así que iba a subir el nivel de sus insultos, solo que Anderson reaccionó pri-

mero y le plantó un golpe tan fuerte en el rostro que lo hizo caer en el piso como si fuera un saco de cemento contra la gravedad. Y allí se quedó. Susana, a pesar de que sabía que se lo merecía, estaba medio espantada por la agresividad del golpe y la expresión de ira que tenía ahora el futuro esposo de su mejor amiga en el rostro. Lo meditó unos segundos, y entonces habló:

—Gracias —Fue lo único que pudo decirle.

Tenía la boca entreabierta, los labios le temblaban de la impresión; para ella los dos eran un par de idiotas, sin embargo, en ese momento, le estaba dando gracias al cielo porque al menos uno de ellos fuera un poco sensato.

—Disculpa, Susana, lo que dijo fue horrible, y lo que pretendía hacer, pues, peor.

—Ah, mira, pues sí —Le dio la razón, aunque no pudo evitar taladrarlo igual con sus frases ácidas, a fin de cuentas, esos dos eran amigos—, pero yo aún creo que no hay mucha diferencia entre ustedes dos —Le dejó en claro su posición con el insulto sutil—. No imagino a una mujer queriendo estar con ese ser humano tan despreciable —agregó señalando a Marcos—, menos podría tolerar a un hombre que sea “gran amigo” de alguien como él. ¿Qué se podría esperar?

—Oye, es mi amigo, sí, pero no significa que sea igual que él. Yo no soy... eso —Intentó justificarse vagamente—, jamás haría tal cosa y por si te lo estás preguntando, respeto mucho a Eugenia.

—Sí, claro, Anderson, finjamos que te creo. Yo no sé qué fue lo que hiciste para enamorarla, pero yo de solo

saber que eres amigo de este cadáver —dijo refiriéndose al idiota en el suelo que parecía estar muerto—, pongo miles de kilómetros de distancia entre ambos.

—No seas tan mala conmigo —le dijo en tono triste aunque fingido, por supuesto.

—Tranquilo, ella te eligió, yo hice lo que pude para alejarlos y no funcionó, su amor fue más fuerte, así que ya qué más da.

—Me alegra saber que te esforzaste tanto en separarnos —le dijo Anderson sorprendido con lo que acababa de escuchar.

—¿Y es que crees que me arrepiento? No, qué va, para nada. Hasta ahorita estuve esforzándome, pero ¿sabes qué?

—¿Qué?

—Ganaste, la mujer te ama más que a los vestidos de novia. Y eso sí que me sorprende; fíjate que pedirle que deje el trabajo que tanto ama, por el que tanto se preparó como diseñadora, solo por ti —dijo con desdén—, para estar a tu merced, uff, me parece de lo más romántico —agregó con sarcasmo—. Al menos no la golpeaste con una roca hasta matarla. Aunque no dudo que pueda suceder a futuro.

—Susana, eso es entre ella y yo. No lo entenderías.

—Anderson, déjame decirte que al menos este de aquí —le explicó Susana refiriéndose a Marcos— va de frente y deja salir su asquerosa personalidad sin anestesia, les guste o no a las chicas. Pero tú... tú eres peor, eres un manipulador, tus artimañas son silenciosas y a mí no me engañas. Solo espero que Eugenia no termine alejándose

de mí porque de lo contrario, conocerás otra fachada de Susana Castillo.

Anderson sonreía ante sus palabras, para ella no era más que burla y una afirmación de lo que decía. Para él, sin embargo, era de admiración. En el fondo le gustaba que fuera una mujer tan segura.

—Supongo que nunca cambiarás de opinión sobre mí —le dijo.

—Lo dudo, querido. Te agradezco lo que hiciste, el idiota ya se estaba mereciendo un buen tatequieto, espero te siga apreciando después de eso, si es que llega a reaccionar.

Susana pasó un pie por encima del cuerpo de Marcos y le pasó a un lado a Anderson sin dejar de mirarlo a los ojos. Él hacía lo mismo. Fue un duelo de miradas un tanto incómodo, a pesar de que lo despreciaba, más que todo porque le estuviera quitando a su amiga y la hiciera hacer cosas que le parecían incorrectas, igual se sentía muy agradecida por haberla defendido de ese vividor.

Volvió a la habitación de la novia y se encontró con una imagen asombrosa, su amiga ya tenía el vestido de novia puesto. Le sentaba de maravilla, ella misma lo había hecho y nadie podría haberlo hecho igual. Era impresionante, original, muy ella. Era un vestido manga larga en encaje y con escote de corazón. Su figura delgada lucía espléndida, su altura la mejoraba mucho más, parecía una modelo lista para una sesión fotográfica de una revista para novias.

—Eugenia, te ves bellísima —le dijo Susana emocionada.

La novia tenía una sonrisa radiante que se agrandó con lo que dijo su amiga.

—¿Qué pasó allá afuera? —preguntó curiosa.

—Ah, nada, no te preocupes.

—¿Crees que le guste a Anderson? —preguntó mientras se miraba dar vueltas frente al espejo.

—Pffff, hazme el favor —replicó Susana indignada con esa pregunta tan tonta—, si no le gustas a ese idiota, lo asesino de inmediato. Por favor, Eugenia, eres demasiado bella, más bien no me jodas porque ya me empiezo a sentir mal con este vestido tan horrible que llevo.

—Ay, no te ves tan mal —le dijo la novia sonriendo. Hasta parecía que disfrutaba que su amiga luciera un tanto ridícula.

—Sabes, Eugenia, te salvas de que sea tu boda, no entiendo ni siquiera cómo puedes tolerar que me vea así de horrible, voy a desentonar con tu hermoso vestido y con el resto de las damas. Eugenia viró los ojos y en esa ocasión Susana lo notó claramente —. ¡¿Qué no ves la gravedad del asunto?! —Reaccionó con indignación.

—Ay, ya para Susana, la que se tiene que lucir soy yo, ya basta de que siempre figures tú por tener tantos atributos.

Por la mente de Susana empezó a pasar una caravana de interrogantes; quedó con la boca abierta.

—Eugenia, ¿a qué viene eso? —le preguntó confundida.

El personal que terminaba de recoger sus herramientas permanecía atento a la pequeña discusión de las

amigas. La dama de honor parecía un poco trastornada, pero eso último que había dicho la novia estaba cargado de envidia y rencor.

—Que estoy cansada de que siempre quieras ser el centro de atención —dijo Eugenia molesta—, ésta es mi maldita oportunidad, así que ya deja de quejarte y cumple tu función.

—Pero, ¿qué mierda te pasa? No has dicho el sí y ya ese hijo de puta te puso en mi contra, ¿no es así?

—Susana, es mi vida, mi marido, mis decisiones. Ya deja de molestarnos, nos amamos y es lo que importa.

El estilista junto a sus dos asistentes de maquillaje interrumpieron la discusión para salir de la habitación. Era muy obvio que las chicas necesitaban privacidad.

—De acuerdo, Eugenia. Solo quiero saber una cosa, ¿acaso seguimos siendo las mismas amigas de siempre o ese bastardo ya te alejó de mí? Y no me pidas que no lo llame así porque no voy a dejar de hacerlo.

—Ese bastardo está a punto de convertirse en mi esposo, Susana; si le faltas el respeto a él, me lo faltas a mí, ¿crees que si sigues haciendo esto, vamos a poder seguir siendo amigas?

Frustración...

Susana sabía que Eugenia estaba en todo su derecho de exigir respeto, pero le costaba la vida dejar de referirse de mala manera a quien claramente le estaba quitando a su amiga y en quien jamás podría confiar. Se le hizo un nudo en la garganta porque tenía que ceder a las exigencias de su amiga, tenía que hacerlo para no perderla, y para ella era muy difícil hacerlo, tenía que ceder contra

sus deseos. Y es que no tenía opción, Eugenia no solo era su amiga, ella era lo más cercano a una familia.

Asintió al fin, se rindió ante la novia más hermosa que jamás había visto. Solo le quedó sonreír frente a ella y aceptar la vida que había elegido llevar. Sabía que desde ese día su vida no sería igual, su mejor amiga ya no tendría tiempo para compartir con ella, y sus días serían oscuros. Encontrar a alguien con quien pudiera sentir la misma confianza sería muy difícil. No sabía qué esperar.

—Tienes razón, perdóname Eugenia, es tu día. Eres mi mejor amiga y no voy a arriesgarme a perderte.

Eugenia se sintió conmovida y agradecida, pero tenía que retener las ganas de lloriquear o su maquillaje quedaría arruinado. Ambas se miraron con afecto y se dieron un abrazo.

—Te amo, ¿lo sabes? —le dijo Susana.

—Lo sé, y entiendo que quieras protegerme, pero sé cuidarme sola, ¿de acuerdo?

—Voy a respetar eso, de ahora en adelante no voy a meterme con el idi... perdón —corrigió rápidamente antes de que su amiga dijera algo—, con tu esposo, ni con la vida que hayan decidido llevar. Eso es entre ustedes —Susana pensó en lo que hacía unos minutos le había dicho Anderson, que no entendería sus decisiones, tal vez solo debía dejar de insistir en querer saberlo todo sobre ellos. Eran una pareja, necesitaban su privacidad—. Pero...

—¿Pero? ¿En serio? —reclamó la novia molesta.

—Eugenia, espera, ven. Es que te voy a suplicar algo, por favor.

—¿Qué?

—Tú eres la modista más ingeniosa y talentosa que conozco, sé que puedes hacer algo por esta porquería de vestido.

Eugenia se echó a reír por la angustia de su amiga, así que decidió hacer algo por ella. Fue hasta donde tenía el bolso de su vestido de novia y sacó una bolsa negra pequeña. Se la entregó. A Susana le pareció muy extraño, antes de poder abrirla llamaron a la puerta. La dama de honor fue a abrir y allí estaba la empleada del servicio con una botella de vino tinto *Salentein Primus Malbec* y una copa.

Sus ojos se iluminaron como niña pequeña recibiendo un juguete nuevo. Tomó la botella y despachó a la joven.

—¿Y esa botella? ¿Es de la boda? —preguntó ansiosa Eugenia.

—Sí y no me vengas a regañar por eso porque ambas lo necesitamos.

—Susana, no necesito un impulso para casarme, estoy bastante segura y ya qué más da.

A la dama de honor le pareció extraña esa última frase de su amiga. Consiguió abrir la botella con mucho esfuerzo y llenó la copa, buscó uno de los vasos desechables que tenían allí para el estilista y sus ayudantes y también lo llenó. Ella se quedó con el vaso y le extendió la copa a Eugenia.

—Creo que sí lo necesitas, ya sabes, para sacudir el mal sabor que te dejé yo —le dijo sonriendo. Eugenia se echó a reír y aceptó la copa—. Ahora dime, ¿qué es eso de “qué más da”? —le preguntó repitiendo sus palabras.

Susana se llevó el vaso a la boca para degustar el delicioso vino mientras que Eugenia solo percibió el aroma del líquido en la copa y lo puso a un lado en uno de los muebles de la habitación.

—Eventualmente lo sabrás.

Ese argumento hizo que la dama de honor reaccionara de forma exagerada y terminara botando casi todo el vino que tenía en la boca por la impresión.

—Maldición, ¿estás embarazada?!

—¡Shhhhhh! Calla, no digas esas cosas en voz alta.

—Mierda, Eugenia, ¿cuándo pensabas decírmelo?

—¡Basta! Asunto zanjado, más bien llama a ver si ya todo está preparado y si ya me puedo casar porque estoy bastante ansiosa. Y abre esa bolsa de una buena vez.

Susana estaba impactada, al saber eso comprendía un poco más la insistencia en formalizar ese lazo con el hombre. Al menos había calculado muy bien la fecha de su boda porque su barriga estaba perfectamente plana. Pero no podía enfrascarse en el tema y atormentarla, era mejor dejarla tranquila; además, como dama de honor debía cumplir con su deber. Así que llamó al organizador de la boda desde el teléfono de la habitación y este le informó que en veinte minutos iniciaba la ceremonia.

Se dispuso entonces a abrir la bolsa que le había dado y lo que encontró la dejó más impactada todavía. Era una réplica del vestido que llevaba puesto en un color que sí era rosa pastel. En su mente pensaba que aunque no le quedara bien al menos el color era perfecto, conseguiría destacar entre todas las demás damas.

—¿Por qué me hiciste sufrir? —le preguntó indignada.

—Porque te lo merecías, me has estado estresando Susana, y fíjate que yo soy la novia.

Susana tomó un suspiro muy profundo y expulsó el aire con mucho ruido.

—Está bien, lo merecía.

Se quitó el vestido horrible que llevaba puesto y se puso el nuevo. Lucía fantástica, Eugenia mejor que nadie conocía las medidas de Susana; le sentaba perfecto, el pecho se le veía recatado y al mismo tiempo acentuaba el inicio de los senos, haciéndola ver sensual, era un poco más largo que el otro y la cintura estaba bien definida. Ahora sí se veía divina, lista para disfrutar de la ceremonia y de la noche con algún galán desconocido de la boda.

Susana hizo todo el esfuerzo del mundo para dejar de lado el desagrado que tenía contra el novio. Acompañó a su amiga hasta la habitación que estaba a un lado del salón principal donde sería la ceremonia, y siempre le sostuvo la mano. Allí estaban sus padres, a quienes valoraba muchísimo; la mamá de Eugenia, Isabel, trató a Susana como una hija más desde que su madre falleció por un cáncer cuando tenía diecinueve, y desde entonces su amiga y la familia de ella se habían convertido en su propia familia.

Los saludó con emoción, hacía mucho que no se veían, así que conversaban y al mismo tiempo se empezaban a acomodar para la salida de la novia.

Susana empezó a sollozar de la emoción cuando se posicionó detrás de Eugenia y de su padre. Aunque no le gustara el novio comenzaba a entender por qué decían

que las bodas eran muy emotivas. Y en ese momento, el saber que su amiga se convertiría pronto en madre, la hizo emocionarse mucho más. Sus ojos soltaron unas cuántas lágrimas que iba limpiando cada vez que salían para no dañar su maquillaje.

Y de repente, la marcha nupcial inició. El padre de Eugenia le sostenía el brazo con mucho afecto, la llevaba poco a poco. Era verídico, Susana dañaría todo su maquillaje antes de llegar al altar. Intentó enfocarse en los invitados para no seguir chillando por su amiga, fue cuando pudo ubicar a sus *exes* en la multitud.

Para su desgracia, uno de ellos estaba muy bien atado a una chica morena hermosa, y el otro, aunque no parecía tener a nadie al lado, ni siquiera la miraba. Pensó que ya encontraría a alguien más. Al llegar al final del pasillo, el novio miró a Eugenia con una sonrisa leve, de lo más neutral, y se puso a su lado.

«¿Qué fue eso?», se preguntó Susana.

Quedó pensativa y se inquietó por lo que vio, pasaron algunos minutos y él se mostraba con cero emoción en el rostro, no entendía por qué el novio estaba siendo tan tácito con su amiga.

«¿Sería por lo que le dije?», pensó la dama de honor muy consternada.

Su preocupación no iba dirigida hacia él, pero le sentía mucho que fuera a ser la causante de algún disgusto entre la pareja cuando ya le había prometido a Eugenia no interferir más en esa relación.

Mientras el sacerdote hablaba se le fue olvidando el asunto, aunque seguía viendo que los novios tenían

expresiones muy serias. Estaba a un lado de la novia, sosteniendo su bouquet, entonces, buscando una forma de ignorar lo que veía, se enfocó en el ramo pomposo y lo detalló, estaba lleno de rosas de diferentes tonos del color rosa, muy hermosas, como si acabaran de ser cortadas.

Por un momento, pasó de observar las rosas a mirar al novio y este ya tenía la mirada puesta en ella. La piel se le puso fría de la impresión. El sacerdote hablaba, Eugenia tenía la mirada fija en el suelo, y Anderson le daba a ella una mirada sin mucha emoción, entonces juntó sus cejas como preguntándole a ella qué era lo que estaba pasando.

«¿Es en serio? Válgame Dios, yo soy la que no entiende ni pito, ¿qué rayos pasa?», se preguntó Susana a sí misma.

La mente conspiradora de la dama de honor pensó que algo estaba mal, que algo iba a suceder; se acercaba el momento en que el sacerdote preguntaba si alguien se oponía a la boda, y con lo que sus propios ojos veían, sentía que quizá alguien iba a gritar y oponerse porque es que aquellas caras con esas expresiones sin entusiasmo estaban raras en verdad.

Para decepción de la dama de honor, los novios ya estaban diciendo sus votos y el sacerdote nunca dijo la famosa frase que veía en todas las películas y telenovelas. Sin embargo, sí venía una conmoción, tal como lo había imaginado. La novia dijo las palabras más hermosas que se podían decir en una boda, pero con el mínimo de emoción y cuando el novio se disponía a decir sus pala-

bras de amor, un joven desconocido entró y avanzó por el centro del salón hasta llegar a mitad de camino.

Todos los invitados miraban curiosos y cuchicheaban porque esa sola presencia sugería que algo malo estaba a punto de pasar.

El joven miraba de un lado a otro; los susurros empezaron a hacer mucho ruido y advirtieron a los novios. Estos se dieron la vuelta para ver qué sucedía. El chico que había entrado tendría como veinte años o menos; cuando Eugenia giró y lo vio, le cambió el color del rostro. Anderson lo miraba confundido y las personas movían su cabeza de un lado a otro. Marcos, que tenía la nariz un poco atrofiada y estaba al lado del novio, se empezó a reír sin disimular. Se burlaba, pero nadie sabía qué ocurría.

La señora Isabel se levantó y fue hasta donde estaba el chico, el sacerdote le insistió a Anderson para que dijera sus votos y continuara la boda, sin embargo, la tensión ya estaba muy alta. Susana buscaba la mirada de su amiga para preguntarle qué ocurría, pero ella estaba paralizada mirando al joven.

La madre de la novia hablaba con el extraño que había interrumpido la ceremonia, y algo que ella le dijo lo hizo reaccionar de forma agresiva y solo se escuchó su voz resonar en el salón.

—Eso, señora, no es su problema.

Todos quedaron con la boca abierta con el atrevimiento del chico, le pasó por un lado a la madre de la novia y siguió avanzando a donde estaba el pequeño altar y los novios.

—¿Qué es lo que pasa, Eugenia? —le preguntó Anderson a la que estaba a punto de ser su esposa tomándola con fuerza del brazo.

Esa acción, sin importar la razón por la que estaba ahí ese joven, hizo reaccionar a Susana y sin pensarlo se acercó a los novios en dos pasos.

—Suéltale el brazo, idiota, ¿estás loco? —reclamó al novio tratando de que nadie más pudiera escuchar.

Anderson hizo caso a lo que dijo la dama de honor y la soltó. Era evidente que estaba siendo demasiado imprudente, Susana solo pensaba que si eso lo hacía en público, no quería ni imaginar cómo era cuando estaban a solas. El idiota de Marcos seguía riéndose, se tuvo que apartar del altar para buscar un pañuelo y ponerlo sobre su boca.

—¿Fuiste tú, cierto? —le preguntó Eugenia a su amiga con un tono de ira que dejó muy confundida a Susana.

—¿De qué estás hablando?

—Fuiste tú quien llamó a Andrés, claro que fuiste tú —insistió con odio.

—Eugenia, ¿de qué rayos estás hablando? ¿Ese tipo se llama Andrés? ¿Quién es ese?

—¡Yo soy el padre de su hijo! —exclamó el supuesto Andrés.

Se escuchó un «Ohhhh» general.

—Pero, ¡¿qué mierda está pasando?! —Susana estaba tan confundida como impresionada—. Mira chico —dijo dirigiéndose al tal Andrés—. Tú solo estás aquí creyendo que puedes echar a perder esta boda, pero tus calumnias

nadie se las va a creer, así que vete largando de una vez. ¿Cómo te atreves a faltarle el respeto a esta novia que lo único que hace es desvivirse por el idiota de su novio?! —Eso último lo dijo muy alto e hizo reír a unos cuantos invitados.

—Hace rato que ella no se desvive por mí, Susana —le dijo Anderson a la dama de honor ignorando que acababa de llamarlo idiota; la confusión de Susana creció todavía más—. Además, yo sí le creo a este joven, fíjate que me estoy enterando de que mi novia tiene un hijo, ¿cuándo pensabas contarme? —le preguntó a Eugenia.

—¿Cómo vas a creerle?! ¡Por Dios! —exclamó Susana, no lograba asimilar lo que escuchaba.

—Ay, ¡cállate ya, Susana! —exigió la novia a su amiga, aunque Susana ya no estaba segura de que fueran muy amigas porque no entendía ese misterio, y la actitud de Eugenia le hacía suponer que ya no era honesta con ella—. No me cabe la menor duda de que fuiste tú quien hizo que viniera aquí para que arruinara mi boda, ¡maldita envidiosa! ¡No te pudiste aguantar!

Susana no podía hablar después de escuchar aquella cosa; los invitados estaban fascinados con el espectáculo que veían.

—Me... Pero... ¿Lo que dice éste es verdad?! —exigió saber Susana a pesar de lo que la novia acababa de decirle.

Eugenia la miró con odio y con la respiración agitada, no fue capaz de responder, solo cerró la boca para que no saliera nada más de allí. Ni siquiera podía mirar a Anderson. Esa acción fue un rotundo sí para Susana.

—Ay, por Dios, ¿qué es esto? —dijo Susana—. Todo este maldito tiempo tratando de separarte de Anderson porque no me gustaba para ti, ¿y tú montándole los cuernos con otro?

—¿Sabes qué, Andrés? —dijo Anderson acercándose al joven con una sonrisa y poniéndole la mano sobre el hombro—. Te agradezco que llegaras a tiempo.

—Tal como lo planeamos —dijo entonces el chico.

La novia, que de novia solo le quedaba el vestido, quedó conmocionada con eso. Susana aún más.

—¿Ya lo sabías? —preguntó Eugenia a Anderson.

—Siempre lo supe, Eugenia.

—Siempre lo supe —repitió Anderson, pero esta vez mirando a Susana.

Susana estaba sin palabras. Ya no sabía quién era esa mujer en vestido de novia.

—Yo me largo —dijo la ex dama de honor y ex amiga de la novia.

Se dio la vuelta sin mirar siquiera a la persona más cercana que tenía en su vida y siguió su camino por el pasillo bajo la mirada atenta de todos los invitados que permanecían allí, ansiosos por enterarse de lo ocurrido. Todo lo que conocía de su amiga se había desmoronado, no era la misma persona, ya no sabía quién era.

Al salir del hotel, Susana se derrumbó. Empezó a llorar como hacía mucho no lo había hecho. Desde que su madre había muerto, Eugenia se había convertido en su hermana. Y suponía que lo seguiría siendo, pero tendría que darle muchas explicaciones, y en ese momento

solo quería estar lejos de ella. Se dispuso a esperar un taxi para empezar a tomar distancia cuando Anderson la alcanzó.

—Susana, espera.

—Oh, por favor, Anderson, lo siento, pero no tengo nada que decir. Tú hiciste tu plan y no te juzgo, más bien me disculpo por... —lo miró avergonzada mientras se secaba las lágrimas que corrían por sus mejillas—. Por todo lo que hice. Lo siento. Te juro que no sabía.

—Lo sé.

Susana lo miró y asintió con la cabeza, la impresión que le creyera, aunque igual sentía un poco de vergüenza. Después de todo, Eugenia era su amiga y fue ella quien lo traicionó a él.

—¿Sabes? Ella es... —Susana quiso desahogarse, quiso decir lo que sentía sobre su amiga, pero reaccionó rápido y se tragó el dolor y sus sentimientos, pensó que seguramente él estaría mucho más herido que ella, aunque al detallar su expresión, no se veía tan dolido por lo ocurrido—. Disculpa, solo quiero irme muy lejos, ¿de acuerdo?

Vio que venía un taxi y levantó el brazo para que se detuviera. Todavía llevaba aquel vestido de un perfecto rosa pastel, sin embargo, se sentía incómoda en él, quería quitárselo.

—¿El Caribe? ¿Te interesa? —le preguntó a Susana antes de que abriera la puerta del taxi.

Ella no sabía de qué estaba hablando, así que se giró para mirarlo extrañada.

—¿Qué?

Anderson tenía en la mano dos tiquetes.

—Quince días en el Caribe, todo pagado.

—¿De qué hablas?

—Fue la sorpresa de mi padre para la boda, una luna de miel en el Caribe. El pobre no tenía idea de lo que pasaba, y como fue una sorpresa no pude detenerlo.

Le movió los tiquetes de un lado a otro. Susana no sabía qué pensar, ni siquiera procesaba bien qué era lo que le estaba pidiendo.

—¿Y qué quieres que haga?

—Te estoy ofreciendo uno de estos tiquetes a ti, claramente, Susana. Solo si quieres, por supuesto, tengo dos y después de esto creo que mereces mantener tu mente ocupada en algo bueno. Me consta que Eugenia es como tu única familia.

—Lo es, ella es mi única familia, pero...

—Solo ve, libérate de ella ese tiempo y seguro vuelves más calmada.

Susana se echó a reír a pesar de sus ganas de llorar. No le gustaba que le dijeran lo que era mejor para ella.

—¿Quieres que me vaya de luna de miel contigo? —preguntó con sarcasmo.

—Cuando lo pones así suena desagradable —dijo arrugando la cara, lo cual hizo sonreír de nuevo a Susana—. No vas a ir para estar conmigo, tranquila, yo también quiero estar solo, créeme. Solo tendrías que compartir conmigo el vuelo. Y si es mucho para ti, le pido a algún pasajero que me cambie el asiento.

Susana siguió sonriendo por la elocuencia de aquel que tanto le desagradaba.

—¿Se va o no? —preguntó el chofer del taxi un poco irritado.

—Eh... —Esa pregunta le resultó un poco ambigua.

¿Se iría? ¿Iría a un lugar paradisiaco con el hombre que tanto detestaba porque le quería quitar a su amiga? Bueno, las cosas habían cambiado un poco y tampoco era que tuviera que estar allá con él. Ella podría planear sus propias actividades, visitar lugares, conocer hombres bronceados, disfrutar de noches de fiesta... entre más lo pensaba, más le gustaba la idea.

—Sí, sí señor, sí me voy y no se preocupe que le pago extra por esperar —le dijo al chofer.

Volvió su mirada a Anderson y antes de hablar, él se adelantó.

—¿Eso fue un sí?

Susana sonrió y se acercó hasta estar lo suficientemente cerca para mirarse ambos con profundidad; la superaba en altura por al menos treinta centímetros, y eso que ella llevaba tacones. La miró entretenido y ella le devolvió una mirada pícaro. Susana sintió un leve retorcijón en el estómago. Le quitó uno de los tiquetes y se apresuró a subirse al taxi sin más.

—¿A quién habrías invitado si hubiera dicho que no? —preguntó estando dentro del auto.

—Probablemente a Marcos.

—¡Ugh! —reaccionó Susana con asco—. ¡Sigues siendo un idiota! —le gritó a medida que el taxi avanzaba.

Negó con la cabeza, pero no dejaba de sonreír. Miró a Anderson mientras lo dejaba atrás y veía que también seguía sonriendo, hasta que se dio media vuelta y volvió a entrar al hotel. ¿Estaría haciendo bien en ir a ese viaje con él?, se preguntó. Ambos habían sido víctimas de una misma persona. Ella no era una víctima precisamente, aunque sí se sentía como tal. Su mejor amiga, su hermana, la había traicionado y de paso, creía que ella le tenía envidia, no entendía nada, no entendía por qué le había ocultado cosas tan importantes.

Sí, definitivamente, lo necesitaba, estaba decidida a ir a ese viaje y disfrutarlo de cualquier forma. Solo esperaba que no se complicaran más las cosas con Eugenia. Si ella dejaba de ser su amiga, no le quedaría nadie. «Nadie», repitió en su mente.



Tení tres maletas frente a ella llenas de nada. ¿Qué podía llevar? Casi toda su ropa era para trabajar en oficina, el resto eran jeans ajustados que podrían funcionar para el viaje, también algunas franelillas y blusas escotadas, pero lo demás eran suéteres y vestidos de fiesta que no funcionaban para el clima caribeño. Necesitaba ropa de verano para esa luna de miel repentina.

Eran casi las siete de la noche y en menos de doce horas ya debía estar en el aeropuerto. De pronto, se vio a sí misma analizando esa decisión que había tomado y se sintió muy arrepentida. ¿Qué iba a llevar?

Y por si fuera poco, apenas tenía dinero para sobrevivir unos días sin trabajar. Y solo cuando pensó en dinero, recordó que debía pedir un permiso a Ángela, su querida jefa, para largarse por quince días y abandonar su trabajo. No le preocupaba mucho que se fuera a negar, le había demostrado que podía ser su amiga. Ángela